

Benedicto XVI

Qué es el cristianismo

Un testamento espiritual

Edición de
Elio Guerriero y Georg Gänswein

Traducción del alemán de Pierluca Azzaro
y Elio Guerriero

Traducción del italiano de Carlos Gumpert

la esfera  de los libros

Índice

Prólogo <i>por Elio Guerriero</i>	9
Prefacio	13

Capítulo I LAS RELIGIONES Y LA FE CRISTIANA

El amor en el origen de la misión	19
Qué es la religión	28

Capítulo II ELEMENTOS FUNDAMENTALES DE LA RELIGIÓN CRISTIANA

Monoteísmo y tolerancia	37
El diálogo cristiano-islámico	55
Música y liturgia	59
Teología de la liturgia	65

Capítulo III JUDÍOS Y CRISTIANOS EN DIÁLOGO

Gracia y llamada sin arrepentimiento. Observaciones sobre el tratado <i>De Iudaeis</i>	71
Benedicto XVI - Arie Folger. Intercambio epistolar agosto - septiembre de 2018	106

Capítulo IV TEMAS DE TEOLOGÍA DOGMÁTICA

La fe no es una idea, es la vida	119
El sacerdocio católico	134
El significado de la comunión	172

Capítulo V TEMAS DE TEOLOGÍA MORAL

La iglesia y el escándalo de los abusos sexuales	197
--	-----

Capítulo VI CONTRIBUCIONES PUNTUALES

La Comisión Teológica Internacional	223
Cien años del nacimiento de san Juan Pablo II	231
Setenta y cinco años de la muerte del padre jesuita Alfred Delp	240
Su silencio es también su manera de expresarse. Entrevista sobre san José	243
<i>Notas</i>	250

Prólogo

Por Elio Guerriero

En 2019 me encargué de la publicación de un volumen titulado *Ebrei e cristiani*¹ en el que ponía a disposición de los lectores italianos el artículo del papa Benedicto «Gracia e chiamata senza pentimento» («Gracia y llamada sin arrepentimiento»), seguido de un intercambio epistolar entre el gran rabino de Viena, Arie Folger, y el papa emérito. Lo curioso del caso fue, en efecto, que el artículo de Ratzinger, calificado como un peligro para el diálogo judeocristiano por algunos teólogos católicos del área lingüística alemana, fue defendido por el gran rabino de Viena y otros exponentes italianos y extranjeros del judaísmo.

La publicación supuso un gran espaldarazo al diálogo, hasta el punto de que, a la presentación de la obra en Roma, en la Universidad Lateranense, asistieron Arie Folger, Riccardo di Segni, gran rabino de Roma, y Renzo Gattegna, antiguo presidente de la Unión de Comunidades Judías Italianas. La difusión del libro en Italia también fue

positiva y se publicaron además varias traducciones en el extranjero.

Animado por este precedente, en un encuentro en el que le puse al corriente de los acontecimientos, me atreví a preguntar al papa emérito: «¿Por qué no recoger en un volumen y publicar todos los textos escritos en los años posteriores a su renuncia?». Siguiendo una costumbre que yo conocía desde hacía tiempo, el papa Benedicto respondió que se lo pensaría. Más tarde supe que había empezado a recopilar el material, lo que sin duda era una señal positiva.

La situación se complicó con la publicación del volumen del cardenal Robert Sarah, *Desde lo más hondo de nuestros corazones*,² que incluía un artículo del papa Benedicto sobre el sacerdocio católico. Según algunos malévolos intérpretes, entre los que se distinguieron una vez más autores de lengua alemana, la obra parecía una desautorización del Sínodo de los Obispos para la Amazonia que tuvo lugar en octubre de 2019 y casi una anticipación de las conclusiones que el papa Francisco se disponía a sacar de él. Se armó cierto alboroto, tras lo cual el papa emérito me escribió diciéndome que accedía a mi petición de publicar sus escritos, pero ponía una condición perentoria: la obra no debía publicarse hasta después de su muerte. «Por mi parte, mientras siga con vida, ya no quiero publicar nada. La furia de los círculos opuestos a mí en Alemania es tan fuerte que la aparición de cualquier palabra mía provoca de inmediato un vocerío asesino por su parte. Quiero ahorrarme eso a mí mismo y a la cristiandad».³

En la misma carta, Benedicto se disculpaba por no haberse puesto aún a revisar sus textos, prometiéndome, sin embargo, que lo haría pronto. De hecho, en los meses siguientes se puso manos a la obra. Yendo más allá de mis peticiones, no se limitó a efectuar una lectura de los artículos ya publicados. Completó significativamente una serie de textos, entre los que merece una mención especial el relativo al sacerdocio. En un encuentro celebrado el 28 de junio de 2021, la víspera del 70.º aniversario de su ordenación sacerdotal, me habló con entusiasmo de su vida como sacerdote y subrayó la importancia del texto sobre el sacerdocio que figura a continuación. Estaba contento con el resultado al que había llegado, precisamente a partir de su propia experiencia. Consideraba, entre otras cosas, que había contribuido a superar una laguna del decreto del Vaticano II sobre el ministerio y la vida de los presbíteros. El trabajo con el texto aún no había terminado. Queriendo dar una estructura interna y un sentido más completo a la colección, escribió algunas importantes contribuciones adicionales, como las relativas a las religiones y a la presencia de Jesús en la Eucaristía.

En resumen, el presente volumen no es solo una recopilación de textos ya publicados o en parte nuevos, sino que, como reza el subtítulo, se trata de una suerte de testamento espiritual dictado por la sabiduría del espíritu y el corazón de un padre siempre atento a las expectativas y esperanzas de los fieles y de toda la humanidad. Como es bien sabido, el papa Benedicto

escribía en alemán. Las traducciones de los textos las hemos realizado Pierluca Azzaro y yo. Además, el papa Benedicto decidió que la edición de referencia de la presente obra fuera la italiana.

A mí solo me queda el deber de expresar una vez más mi gratitud al papa Benedicto por la confianza que ha depositado en mí desde hace ya muchos años.

Prefacio

Cuando anuncié mi renuncia al ministerio de sucesor de Pedro el 11 de febrero de 2013, no tenía planes acerca de lo que haría en mi nueva situación. Estaba demasiado exhausto para planificar nuevos trabajos. Además, la publicación de *La infancia de Jesús*¹ parecía una conclusión lógica a mis escritos teológicos.

Tras la elección del papa Francisco, reanudé lentamente mi trabajo teológico. Así, a lo largo de los años, fueron tomando forma una serie de pequeñas y medianas contribuciones, que se presentan ahora en este volumen.

En primer lugar, se incluye la lección que pronuncié el día de la inauguración del Aula Magna de la Pontificia Universidad Urbaniana el 21 de octubre de 2014. Se presenta aquí sin cambios.

A continuación, añado un texto para aclarar el concepto de religiones con las que la fe cristiana quiere entrar en diálogo.

El segundo capítulo aborda el tema de la naturaleza y el devenir del monoteísmo. Le sigue un breve texto sobre el método del diálogo cristiano-islámico y un agradecimiento por la concesión del doctorado *honoris causa* por parte de la Universidad Pontificia de Cracovia. A estos dos breves textos se añade el prefacio que escribí para la edición en ruso de mi *Opera Omnia*, volumen XI, *Teología de la liturgia*.

En el tercer capítulo vuelvo a presentar el texto que escribí sobre las relaciones judeo-cristianas y también el intercambio de correspondencia con el rabino Arie Folger que mantuve entre agosto y septiembre de 2018. Las acusaciones sobre supuestas posturas antijudías presentes en mi pensamiento ya las he rechazado con firmeza. Por el lado judío, mis intentos han sido juzgados de forma totalmente positiva. Confío, por lo tanto, en que puedan seguir contribuyendo a un buen diálogo.

El cuarto capítulo comienza con una entrevista que me había propuesto el padre Daniele Libanori. En ella se trata del tema según el cual Jesucristo tuvo que morir para restablecer el orden del ser alterado por el pecado. La respuesta clásica elaborada por Anselmo de Canterbury nos resulta casi incomprensible hoy en día. En la entrevista, traté de mostrar cómo podemos entender razonablemente la razón del sufrimiento y de la muerte de Jesucristo en la actualidad.

Siguen dos textos que abordan el tema del sacerdocio y de la Eucaristía. El artículo sobre el sacerdocio se publicó en una primera versión en el volumen del cardenal Sarah, *Desde lo más hondo de nuestros corazones*. Más

tarde lo revisé, dándole así un nuevo centro de gravedad. El Vaticano II, con su texto sobre el sacerdocio ministerial, intentó mostrar nuevamente su belleza. En este contexto, sin embargo, quedaba una omisión esencial causada por el estado de la exégesis bíblica moderna. El sacerdocio, en efecto, aparece esencialmente como un ministerio pastoral, mientras que el *proprium* sacerdotal en el ministerio pastoral del Nuevo Testamento no estaría presente. Yo, en cambio, pude demostrar que, a pesar de ello, el presbítero neotestamentario es un *sacerdos*, por más que en un sentido nuevo definido por el sumo sacerdote Jesucristo en la cruz. Asimismo, abordé el debate sobre la intercomuni3n, que de vez en cuando se reaviva con fuerza en Alemania. El resultado fue una mirada en profundidad a la presencia del cuerpo y la sangre de Cristo, y con ello también una nueva definici3n de lo que puede entenderse o no con la frase comer y beber el cuerpo y la sangre de Cristo.

El quinto capítulo aborda cuestiones morales. Se presenta aqu3 una contribuci3n fundamental, relativa a la cuesti3n de la Iglesia y al escándalo de los abusos sexuales.

El sexto capítulo contiene contribuciones motivadas principalmente por efemérides hist3ricas. Mi texto sobre el cincuentenario de la Comisi3n Teol3gica Internacional; un recuerdo del santo papa Juan Pablo II con ocasi3n del centenario de su nacimiento; un mensaje de salud en el 75.º aniversario de la muerte del padre Alfred Delp. El libro se cierra con una entrevista sobre san Jos3, que me fue regalado por mis padres como santo

patrón para toda la vida. Cuanto más viejo me vuelvo, más clara me resulta la figura de mi santo patrón. De él no se nos ha transmitido palabra alguna, sino su capacidad de escuchar y actuar. Cada vez comprendo mejor que es su propio silencio el que nos habla y, más allá del conocimiento científico, quiere guiarme hacia la sabiduría.

Este volumen, que recoge los escritos que compuse en el monasterio Mater Ecclesiae, se publicará después de mi muerte. He confiado su edición al doctor Elio Guerriero, que ha escrito una biografía mía en italiano y cuyos conocimientos teológicos me son bien conocidos. Por ello, le confío gustosamente esta última obra mía.

Benedicto XVI

Monasterio Mater Ecclesiae

1 de mayo de 2022, fiesta de san José

Capítulo I

LAS RELIGIONES Y LA FE CRISTIANA

EL AMOR EN EL ORIGEN DE LA MISIÓN*

En primer lugar, quiero expresar mi más cordial agradecimiento al rector magnífico y a las autoridades académicas de la Pontificia Universidad Urbaniana, a los oficiales mayores y a los representantes de los estudiantes, por su propuesta de dar mi nombre a la reformada Aula Magna. Quiero dar las gracias de forma muy especial al gran canciller de la Universidad, el cardenal Fernando Filoni, el haber aceptado esta iniciativa. Es para mí motivo de gran alegría poder estar tan constantemente presente en el trabajo diario de la Pontificia Universidad Urbaniana.

Durante las diversas visitas que he podido realizar aquí como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, siempre me ha impresionado la atmósfera de universalidad que se respira en esta universidad, en la

* El mensaje *El amor en el origen de la misión* se leyó en la inauguración de la reformada Aula Magna de la Universidad Urbaniana que recibió el nombre de Benedicto XVI, el 21 de octubre de 2014.

que jóvenes procedentes de prácticamente todos los países de la tierra se preparan para el servicio al Evangelio en el mundo de hoy. Aún hoy puedo ver interiormente ante mí, en el aula restaurada, una comunidad formada por numerosos jóvenes, que nos permiten formarnos una vívida idea de la maravillosa realidad de la Iglesia católica.

«Católica»: este atributo de la Iglesia, que pertenece a la profesión de fe desde los primeros tiempos, lleva en sí algo de Pentecostés. Nos recuerda que la Iglesia de Jesucristo nunca quiso atañer a un solo pueblo o a una sola cultura, sino que se quiso destinada desde el principio a la humanidad. Las últimas palabras que Jesús dirigió a sus discípulos fueron: «Id, pues, y haced discípulos de todas las gentes» (Mt 28, 19). Y en el momento de Pentecostés, los apóstoles hablaron en todas las lenguas, pudiendo así manifestar, por el poder del Espíritu Santo, toda la amplitud de su fe.

Desde entonces, la Iglesia ha crecido de verdad en todos los continentes. Vuestra presencia, queridas alumnas y queridos alumnos, refleja el rostro universal de la Iglesia. El profeta Zacarías anunció un reino mesiánico que iría de mar a mar y sería un reino de paz (Zac 9, 9s). Y, en efecto, allá donde se celebra la Eucaristía y los hombres, empezando por el Señor, se convierten todos en un solo cuerpo, se hace presente algo de aquella paz que Jesucristo prometió dar a sus discípulos. Vosotros, queridos amigos, debéis ser cooperadores de esta paz que, en un mundo desgarrado y violento, resulta cada vez más urgente construir y preservar. Por tal razón, es

tan importante la labor de vuestra universidad, en la que queréis aprender a conocer más de cerca a Jesucristo para poder convertirnos en testigos suyos.

El Señor resucitado encargó a sus apóstoles, y a través de ellos a sus discípulos de todos los tiempos, que llevaran su palabra hasta los confines de la tierra y que hicieran discípulos suyos a los hombres. El Concilio Vaticano II, retomando en el decreto *Ad Gentes* una tradición presente a lo largo de los siglos, puso de relieve las razones profundas de esta tarea misionera y la asignó de esta manera con renovada fuerza a la Iglesia de hoy.

Ahora bien, ¿sigue teniendo de verdad valor tal encargo?, se preguntan muchos, dentro y fuera de la Iglesia. ¿Sigue siendo relevante la misión? ¿No sería más apropiado reunirse en un diálogo entre religiones para servir juntos a la causa de la paz mundial? Mi contraréplica es: ¿puede el diálogo sustituir a la misión? Son muchos, en efecto, quienes opinan hoy que las religiones deben respetarse mutuamente y, dialogando entre ellas, convertirse en una fuerza común para la paz. Según esta forma de pensar, lo más frecuente es suponer que las distintas religiones son variantes de una única e idéntica realidad; que la «religión» es el género común, que adopta formas diferentes en las distintas culturas, pero que no deja de expresar una misma realidad. La cuestión de la verdad, la que en un principio impulsaba a los cristianos más que cualquier otra cosa, queda aquí entre paréntesis. Se asume que la auténtica verdad sobre Dios es en última instancia inalcanzable y que, en el mejor de los casos, solo puede hacerse presente lo inefable mediante una

variedad de símbolos. Esta renuncia a la verdad parece realista y útil para la paz entre las religiones del mundo. Y, sin embargo, es letal para la fe. En efecto, la fe pierde su carácter vinculante y su seriedad si todo se reduce a símbolos intercambiables en el fondo, capaces de referirse solo de lejos al misterio inaccesible de lo divino.

Queridos amigos, ya veis que la cuestión de la misión nos sitúa no solo frente a las cuestiones fundamentales de la fe, sino también a la cuestión de qué es el hombre. En el marco de una breve alocución de saludo, obviamente no puedo intentar analizar de manera exhaustiva esta cuestión, que hoy nos afecta profundamente a todos nosotros. Sin embargo, no quiero dejar de esbozar al menos el cauce por el que debería discurrir nuestra reflexión. Lo hago basándome en dos puntos de partida diferentes.

I

1) La opinión común es que las religiones están una al lado de la otra, por así decirlo, como los continentes y los distintos países en un mapa. No obstante, esto no es exacto. Las religiones se mueven en el curso de la historia, al igual que lo hacen los pueblos y las culturas. Hay religiones a la espera. Las religiones tribales son de este tipo: tienen su momento histórico y, sin embargo, están a la espera de un encuentro mayor que las lleve a la plenitud. Nosotros, como cristianos, estamos convencidos de que, en silencio, aguardan su encuentro con Jesucristo, la luz que procede de él, la

única que puede conducir las completamente a su verdad. Y Cristo las espera. El encuentro con él no es la irrupción de un extraño que destruye su propia cultura y su propia historia. Es, por el contrario, la entrada en algo más grande, hacia lo que están en camino. Por lo tanto, este encuentro es siempre, al mismo tiempo, purificación y maduración. Por lo demás, el encuentro es siempre recíproco. Cristo aguarda su historia, su sabiduría, su visión de las cosas. Hay otro aspecto que vemos también cada vez con mayor nitidez: mientras que en los países de historia más antigua el cristianismo da señales de cansancio en muchos aspectos y algunas ramas del enorme árbol que creció del grano de mostaza del Evangelio se han marchitado y están cayendo al suelo, del encuentro con Cristo de las religiones a la espera brota nueva vida. Donde antes solo había cansancio, se manifiestan nuevas dimensiones de fe que aportan alegría.

2) La religión en sí misma no es un fenómeno unitario. En ella deben distinguirse siempre varias dimensiones. Por un lado, está la grandeza de volverse hacia el Dios eterno, más allá del mundo. Pero, por otra parte, se encuentran en ella elementos procedentes de la historia de los hombres y de su práctica de la religión. En las que pueden encontrarse sin duda cosas hermosas y nobles, pero también cosas bajas y destructivas, allá donde el egoísmo del hombre se ha apoderado de la religión y, en lugar de una apertura, la ha convertido en un encierro en su propio espacio. Por esta razón, la religión nunca

es simplemente un fenómeno solo positivo o negativo: en ella se mezclan uno y otro aspecto. En sus inicios, la misión cristiana percibió con mucha fuerza los elementos negativos de las religiones paganas con las que se topó. Por esta razón, el anuncio cristiano fue al principio extremadamente crítico con la religión. Solo superando sus tradiciones, que en parte consideraba incluso demoníacas, podía desarrollar su poder renovador la fe. Basándose en elementos de esta índole, el teólogo evangélico Karl Barth contrapuso religión y fe, juzgando a la primera de forma absolutamente negativa como un comportamiento arbitrario del hombre que intenta, a partir de sí mismo, aferrar a Dios. Dietrich Bonhoeffer adoptó este enfoque pronunciándose a favor de un cristianismo «sin religión». Se trata, sin duda, de una visión unilateral que resulta inaceptable. Y, sin embargo, es correcto decir que cualquier religión, para permanecer en lo justo, también debe ser al mismo tiempo crítica siempre con la religión. Es evidente que esto se aplica, desde sus orígenes y de acuerdo con su naturaleza, a la fe cristiana, que, por una parte, mira con gran respeto la espera interior y la riqueza interior de las religiones, pero, por otra parte, también ve con ojos críticos sus aspectos negativos. Ni que decir tiene que la fe cristiana debe desarrollar una y otra vez esta fuerza crítica también con respecto a su propia historia religiosa. Para nosotros, los cristianos, Jesucristo es el *Logos* de Dios, la luz que nos ayuda a distinguir entre la naturaleza de la religión y sus distorsiones.

3) En nuestros días, se deja oír cada vez con más fuerza la voz de quienes quieren convencernos de que la religión como tal ha quedado superada. Solo la razón crítica debe guiar las acciones del hombre. Detrás de concepciones como esas subyace la convicción de que, con el pensamiento positivista, la razón en toda su pureza se ha impuesto definitivamente. En realidad, incluso esta forma de pensar y de vivir está históricamente condicionada y vinculada a determinadas culturas históricas. Considerar esta forma de pensar como la única válida lleva a empequeñecer al hombre, arrebatándole dimensiones esenciales de su existencia. El hombre se vuelve más pequeño, no más grande, cuando ya no hay lugar para un *ethos* que, de acuerdo con su auténtica naturaleza, remite a más allá del pragmatismo, cuando ya no hay lugar para una mirada hacia Dios. El lugar propio de la razón positivista está en los grandes campos de la técnica y la economía, y sin embargo estos no agotan todas las dimensiones de lo humano. Así pues, nos corresponde a los creyentes abrir una y otra vez de par en par las puertas que, más allá de la mera técnica y del puro pragmatismo, conducen a la plena grandeza de nuestra existencia, al encuentro con el Dios viviente.

II

1) Estas reflexiones, acaso algo fatigosas, deberían mostrar que, incluso hoy, en un mundo profundamente cambiado, la tarea de comunicar el Evangelio de Jesucristo a los demás sigue siendo razonable. Con todo, hay

también una segunda forma, más sencilla, de justificar esta tarea en la actualidad. La alegría exige ser comunicada. El amor exige ser comunicado. La verdad exige ser comunicada. Quien ha recibido una gran alegría no puede guardársela para sí mismo sin más, debe transmitirla. Lo mismo ocurre con el don del amor, con el don del reconocimiento de la verdad que se manifiesta. Cuando Andrés se encontró con Cristo, no pudo hacer otra cosa que decir a su hermano: «Hemos encontrado al Mesías» (Jn 1, 41). Y Felipe, a quien se le había concedido el mismo encuentro, no pudo hacer otra cosa que decir a Natanael que había encontrado a aquel de quien habían escrito Moisés y los profetas (Jn 1, 45). No anunciamos a Jesucristo para proporcionar el mayor número posible de miembros a nuestra comunidad ni mucho menos por el poder. Hablamos de él porque sentimos que debemos transmitir esa alegría que se nos ha otorgado. Seremos anunciadores creíbles de Jesucristo cuando lo hayamos encontrado de verdad en lo más profundo de nuestra existencia, cuando, a través de nuestro encuentro con él, nos haya sido concedida la gran experiencia de la verdad, del amor y de la alegría.

2) Forma parte de la naturaleza de la religión la profunda tensión entre la ofrenda mística a Dios, en la que nos entregamos totalmente a él, y la responsabilidad hacia el prójimo y el mundo que ha creado. Marta y María son siempre inseparables, aunque, según las circunstancias, el énfasis recaiga sobre una u otra. El punto de encuentro entre los dos polos es el amor

en el que tocamos al mismo tiempo a Dios y a sus criaturas. «Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (1 Jn 4, 16): una frase que expresa la auténtica naturaleza del cristianismo. El amor, que se realiza y se refleja de múltiples maneras en los santos de todos los tiempos, es la auténtica prueba de la verdad del cristianismo.

QUÉ ES LA RELIGIÓN*

Un intento de definir el concepto de religión

Cuando queremos aclarar la esencia de la religión, aflora como primer punto que la religión solo existe en las religiones. No existe una naturaleza abstracta de la religión, sino formas concretas de religión. Esto parece convertir el intento de encontrar vías de diálogo en un callejón sin salida. Las religiones, de hecho, se nos aparecen como un edificio que abarca continentes de espacio y tiempo. Una mirada más atenta, sin embargo, deja a las claras que las religiones se presentan más allá de los continentes como grandiosas construcciones que, además, no pueden ser presentadas de forma estática, sino que históricamente se hallan en movimiento, y este tiende últimamente a su autosuperación. En este movimiento, con todo, no se destruyen, sino que se purifican y retornan a su naturaleza más auténtica.

* *Qué es la religión* se terminó el 19 de marzo de 2022 y ha permanecido inédito.

Las llamadas religiones tribales (que en otros tiempos se definían simplemente como paganismo) conocen deidades que se asocian a ámbitos concretos de la vida. Los cultos a la fertilidad son los más llamativos. Lo que se persigue con ellos es venerar con alegría el misterio de la fecundidad y de recibirlo al mismo tiempo de una manera siempre nueva. Por lo tanto, el cuidado para la preservación de la fecundidad, el agradecimiento por su preservación y la alegría por ella misma son sus contenidos esenciales. Al hacerlo, sin embargo, se llega por sí mismo y por doquier a un abuso extático, en el que los elementos divinos y humanos se entrelazan y pierden así su dignidad. De este modo, estos cultos han llevado a sociedades enteras a la ruina al poner en tela de juicio la naturaleza misma de la religión. La lucha contra estos cultos con sus tentaciones determina en gran medida la relación de la fe bíblica con las religiones.

Como es natural, también existe una esfera positiva de estas religiones, en el sentido de que están orientadas a la preservación y fertilidad de la tierra. En la Antigüedad tardía, aparecen incluso como la esencia del paganismo, que se manifiesta de forma totalmente positiva en procesiones propiciatorias, rituales y gestos similares. El cristianismo, que inicialmente desconocía estas formas devocionales y se oponía a la religiosidad de los campos, se vio obligado con el tiempo a hacer suyos muchos elementos de este ámbito, a purificarlos y a corregirlos, pero también tuvo que aceptar nuevas aperturas y formas concretas de devoción. Las llamadas *Litaniae maiores* se han conservado como plegarias de súplica hasta el

umbral del presente. Lo que al principio era paganismo, que se oponía a la fe, es hoy una forma de visión cristiana de la vida y del mundo que desgraciadamente está destinada a morir. La aparente mentalidad pagana que al principio parecía necesario eliminar ha contribuido últimamente a la representación de una vida que una y otra vez se acoge como procedente de Dios.

Quisiera recordar aquí otro ámbito de especial importancia: atañe a la forma de afrontar la enfermedad y la muerte. Hay palabras y gestos profundamente conmovedores en el ritual pagano, pero también arbitrariedades que aprovechan el desafío que plantean la enfermedad y la muerte para ejercer a su vez el poder. Hoy como ayer, el poder de los hechiceros desfigura el rostro de las religiones tribales. Una expresión esencial de la relación con los muertos en todas las religiones tribales es el culto a los antepasados, que en tiempos pretéritos se consideraba por lo general como opuesto a la visión cristiana de la vida y de la muerte. A partir de su experiencia, Horst Bürkle ha propuesto una nueva apropiación y representación del culto a los antepasados que me parece digna de consideración. Nos demuestra que el individualismo que se ha desarrollado en Occidente y que representa la resistencia más fuerte al culto de los antepasados se opone también, de hecho, a la imagen cristiana del hombre que nos ve protegidos en el cuerpo misterioso de Cristo. El vínculo del hombre con Cristo no es solo una relación yo-tú, sino que crea un nuevo nosotros. La comunión con Jesucristo nos introduce en el cuerpo de Cristo, es decir, en la gran comunidad de

todos los que pertenecen al Señor, y así atraviesa también la frontera entre la muerte y la vida. En este sentido, la comunión con los que nos han precedido es una parte esencial del ser cristiano. Nos permite encontrar formas de comunión con los muertos, que quizá se presentan de forma diferente en África respecto a Europa, pero que, en cualquier caso, nos consienten realizar una transformación significativa del culto a los antepasados.

Ahora, sin embargo, se plantea la cuestión de cómo la fe en un solo Dios puede superar al mundo de los dioses. El verbita Wilhelm Schmidt, en lo que fue su obra de toda una vida, defendió la tesis de que la fe en el único Dios está en el origen de la historia de la religión y fue progresivamente eclipsada por múltiples dioses, hasta que estuvo en condiciones de suprimir de nuevo a los dioses. Al final, él mismo admitió que no se puede probar tal evolución. Lo que está claro es que, de alguna manera, se ha sabido siempre que los dioses no son simplemente el plural de Dios. Dios es un Dios en singular. Solo existe en la unidad. La pluralidad de dioses se mueve en otro nivel. De hecho, el mundo se sostiene en sus diversas esferas por dioses que solo pueden gobernar una parte. En cuanto al Dios único, se aplica lo que Erik Peterson escribió en su importante estudio de juventud *El monoteísmo como problema político: «Le roi regne, mais il ne gouverne pas»*. En la extensión de la historia de las religiones, Dios ha sido considerado como un monarca que tiene sin duda poder sobre todo, pero que no lo ejerce. El único Dios verdadero no tiene necesidad de adoración, porque no amenaza a nadie ni le hace falta

la ayuda de nadie. La bondad y el poder del único Dios verdadero condicionan al mismo tiempo su insignificancia. No tiene necesidad de nosotros y el hombre cree que no tener necesidad de él. Con la proliferación de la fe en los dioses creció la nostalgia de que el Dios verdadero pudiera liberar con su poder al hombre del régimen de miedo en el que se había desarrollado en gran medida la fe en los dioses. Según la convicción de los cristianos, eso era precisamente lo que había ocurrido con Jesús: el Dios único entra en la historia de las religiones y depone a los dioses. Henri de Lubac es quien ha demostrado, por encima de todos, que el cristianismo se percibía como una liberación del miedo con el que el poder de los dioses había atrapado a los hombres. Al fin y al cabo, el poderoso mundo de los dioses se derrumbó porque entró en escena el Dios único y puso fin a su poder.

Yo intenté describir este acontecimiento un poco más de cerca en la obra recopilatoria *Gott in Welt*, publicada con motivo del sexagésimo cumpleaños de Karl Rahner, y pude establecer que hay dos vías de salidas de la fe en los dioses. En primer lugar, las religiones mono-teístas originarias de la raíz de Abraham, en las que el único Dios como persona determina el mundo entero. Junto a esta hay una segunda salida, a saber, las religiones místicas con el budismo hinayana como forma central. Aquí no hay un Dios único personal, sino que incluso el Dios único se disuelve, se vuelve evanescente. El camino del Buda tiende a la aniquilación. En realidad, esta severa forma de disolución mística de todas las figuras individuales no se ha impuesto, si bien últimamente ha

permanecido establemente como representación final y ha alcanzado una poderosa eficacia de atracción precisamente en las otrora culturas cristianas de Europa. En el ámbito lingüístico alemán ha encontrado expresión en la frase atribuida a Karl Rahner: «El cristiano del mañana será un místico, o ya no existirá».

En apariencia, de lo que se trata es de interiorizar y profundizar interiormente en la fe. No voy a detenerme para aclarar lo que Rahner quería decir con esta frase. Para muchos, sin embargo, solo oculta el programa de presentar como secundarias todas las formas concretas de fe para llegar en última instancia a una devoción impersonal, como la que Luise Rinser señala como la forma superior de ser cristiano, que ella entre tanto ha alcanzado.

La escritora alemana me explicó personalmente que el propósito de la publicación de su intercambio epistolar con Karl Rahner era demostrar que ella era una mística y que el largo viaje espiritual que había realizado con Rahner en los años conciliares y posconciliares desembocaba en última instancia en la explicación mística del cristianismo. No me quedó claro hasta qué punto Luise Rinser quería implicar a Rahner en la transformación del cristianismo en una religión mística. En cualquier caso, quiso ofrecer una explicación de la famosa frase de Rahner como apertura al futuro.

En verdad, tal interpretación del cristianismo se halla en contradicción con su más íntima intención y su concreta configuración en la historia. Para el cristiano, el Dios que se une en Jesucristo con manos y corazón a los

hombres y que por nosotros y en nosotros ha soportado ser hombre hasta la muerte y más allá de la muerte es el centro del cristianismo. Toda la contienda a lo largo de la historia de las religiones entre Dios y los dioses no termina con el hecho de que Dios mismo se desvanezca al final como un fetiche. Muy al contrario, termina con la victoria del único Dios verdadero sobre los dioses que no son Dios. En consecuencia, termina con el don del amor que presupone ser persona de Dios. Por lo tanto, también termina para el hombre con su conversión en persona plena al aceptar y transmitir que es amado por Dios.